

NOTAS

EVOCACION FILOSOFICA Y POLITICA DEL PENSAMIENTO DE JOSE ANTONIO PRIMO DE RIVERA EN EL XL ANIVERSARIO DE SU MUERTE

Para MARÍAS Seguí, espíritu joseantoniano, hombre de honor y compañero excepcional sobre quien, como cantó el poeta, «temprano levantó la muerte el vuelo...».

Imposible resulta, a pesar de nuestra voluntaria predisposición a todo lo contrario —en orden a no caer en fáciles triunfalismos—, el no saludar alborozada, emotiva y entrañablemente alegres la nueva singladura que, en cuidada y amorosa edición, lanza a la luz pública —en estos tiempos tan dramáticos— el Instituto de Estudios Políticos, cuyo timón, recia y sensiblemente, es empuñado por las expertas manos y la mente clara del profesor Jesús Fueyo, de las *Obras completas* de José Antonio Primo de Rivera. Era preciso llenar el vacío existente —relativamente existente dada la serie de ediciones que, ciertamente, con la pretensión de ser más o menos completas desde hace varias décadas se venían ofreciendo al lector de lengua castellana (1)—, recopilar y presentar dignamente la obra total de uno de los líderes políticos más inolvidables que ha tenido España. La obra de un pensador de acción que, en todo momento, tuvo el don de saber darse a entender —aunque algunos ni en el lejano ayer ni en el hoy inmediato hayan querido entenderle—. De cualquier cosa, si es que se quiere ser injusto con la memoria de un muerto, se le puede acusar a José Antonio. De todo, exactamente, menos de una sola cosa —precisamente la que justificó su vida toda—: la claridad de su pensamiento y, sobre todo, la firme convicción de que, entre nosotros

(1) JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA: *Obras completas* (recopilación y prólogo de Agustín del Río Cisneros), 2 vols., Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1308 págs.

—nos referimos a los españoles—, ha sido, posiblemente, el único hombre que de verdad supo en todo momento lo que quería.

La claridad de expresión, estamos seguros de ello, volverá a impresionar a todos aquellos lectores —los de alma juvenil— que, a través de estos dos sugestivos volúmenes, se aproximen a su pensamiento. Se encontrarán, ante todo, con un hombre como cualquier otro, con un español de condición singular que amó dulcemente a su patria y que no dudó en llegar al sacrificio final. Para muchos, lejos de tantas incomprendiones humanas —las que ahora parecen imperar en cualquier área del mundo—, su doctrina los llenará de luz, de serenidad y de esperanza, puesto que, efectivamente, en esos tres puntos se apoyaba, con radical, solidez, todo el evangelio doctrinal joseantoniano.

Pero, insistimos, la palabra de José Antonio —milagrosamente diáfana, actual y lírica— es una especie de reto al tiempo pasado. Y es que, subrayaba un excepcional maestro recientemente desaparecido (2), si bien se atiende, el político es algo malabarista con el tiempo. Obra con los malabarismos —malabarismos o taumaturgia— ininteligibles para el intelectual puro. Consigue el político lo que el intelectual no alcanzará jamás: ganar al tiempo su secreto, adelantándose a él y configurándolo para que encaje en sus vértices la tarea que se propone realizar. Por eso mismo, el aforismo de dar tiempo al tiempo no reza con el político... No es fácil empecinarse en el arte de la política: hay que saber llegar y saber permanecer. Por eso, subrayémoslo con cierto rigor, políticos —los que de verdad merecen esta calificación— hay muy pocos. En política, perfectamente nos los enseña José Antonio, es lícito casi todo menos una sola cosa: el tener prisa. Y, sin embargo, como es bien sabido (3), lamentablemente, el hombre político, por lo general y salvo muy cualificadas excepciones, es hombre atormentado cruelmente por la prisa y, lo que aún resulta todavía peor, las más de las veces empuñando un látigo en sus manos.

Meditando serenamente sobre las páginas joseantonianas, nos es dado el extraer pasmosas conclusiones —conclusiones válidas todavía a los cuarenta años de su muerte—, a saber: que al político, siempre poniendo a salvo las honrosas excepciones, no le importa la verdad en lo que tiene de espejación y ascetismo, de especulación racional, sino en lo que exhibe de poderío y de imperio dominante. El hombre de acción admite las incógnitas para imponer más arteramente la solución preconcebida. Para el hombre de acción no hay problemas ni misterios, hay táctica y cerco. El político no penetra,

(2) ADOLFO MUÑOZ ALONSO: *Andamios para las ideas*, Colección «Aula de Ideas», Murcia, 1952, pág. 27.

(3) *Ibid.*, pág. 18.

rodea. No se adentra, ciñe. No es centrípeto, es centrífugo. No se inquieta, avanza. No medita, resuelve... El hombre político vive, en definitiva, aunque no siempre sea un vividor. El intelectual piensa, aunque con frecuencia yerre. El hombre de pensamiento, si sueña, es para refugiarse contra el bombardeo de la acción. El hombre político, si sueña —si simula soñar—, es para adormecer a los demás y despertar cuando los otros duermen confiados. Siempre, se quiera o no, en cada hombre entregado al quehacer político es posible vislumbrar, según su capacidad de disimulo, distante o cercana, la presencia de Nicolás Maquiavelo.

Quien se acerque, quien penetre y se familiarice con el pensamiento jo-seantoniano —siempre luminoso, siempre estremecedor y humano— advertirá al momento, y ya para siempre, que se encuentra ante un hombre de carácter excepcional —tal vez, si se quiere, en ocasiones no nos importe excesivamente su repertorio ideológico—. Un hombre que, en todo momento de su vida pública —desconsoladoramente breve—, fue directamente a la verdad y a quien, consecuentemente, jamás le traicionó ni su palabra ni su pensamiento. Por eso, a nuestro parecer, ha resultado sumamente asequible a sus más cualificados biógrafos reconstruir su existencia (4). Nos lo advertía ya sagazmente, en el más profundo y entrañable libro que se ha escrito sobre la figura que ocupa nuestra atención (5), el profesor Adolfo Muñoz Alonso, quien, analizando minuciosamente la significación existencial de José Antonio, consideraba, entre otras muchas cosas, que son muy pocos los hombres que entregan su unidad viviente o desvelan su intrahistoria en la notaría de sus escritos. Por mucho que sea el cuidado que se ponga para depreciar como residuos insignificantes las contingencias del vivir cotidiano o de las actividades tangenciales, nunca estará seguro el crítico de haber dado con la clave, ni siquiera en Manuel Kant, de coherencia intelectual y moral impresionante, o entre nosotros Xavier Zubiri, para sólo citar dos existencias filosóficas.

Es decir, a la vista de cuanto hasta aquí antecede, es obvio que hay personas que no consiguen darse a entender. Es como si las traicionara su lenguaje. A veces la resistencia no obedece a pobreza de léxico, sino que delata anemia intelectual o moral. No están edificadas en su personalidad con entereza y claridad. Lo inexpreso de su pensamiento apenas si merece con-

(4) Hacemos referencia en la presente nota bibliográfica a las obras de claro carácter biográfico que, efectivamente, sobre la figura de JOSÉ ANTONIO —con absoluta dignidad— adeudamos (citamos por orden alfabético) a DEL RÍO CISNEROS, GIBELLO, GÓMEZ MOLINA y XIMÉNEZ DE SANDOVAL.

(5) ADOLFO MUÑOZ ALONSO: *Un pensador para un pueblo* (3.ª ed.), Ed. Almena, Madrid, 1969, 525 págs.

sideración. Son seres deficitarios, sin que la exuberancia verbal o la inflación literaria o gesticular los entronque en la historia. Pero hay personas que, por mucha que sea la generosidad de su esfuerzo para presentarse en la vida, retienen en sí y para sí una zona sagrada, a la que es imposible acceder si no se descalza el visitante de sus sandalias, y si no se arma de simpatía, de comprensión y de lo que Gabriel Marcel llamaría presencia recíproca. Se ha insistido mucho, y no sin fundamento, en la función simpática para la comprensión de otra persona. Pero acaso convendrá aventurar otra posible condición: la del odio racionalmente dosificado. *Quiero decir que para comprender en toda su hondura y alcance algunas vidas profundas derramadas en público testimonio, no basta reiterar con simpatía los pasos relumbrantes del protagonista, sino que hay que prestar atención a los antagonistas, por ser éstos quienes pueden revelar, a sensu contrario, los rasgos que se ocultan a la devoción.*

Por eso mismo —y en la vida y obra de José Antonio tenemos el mejor de los ejemplos—, un hombre póstumo es lo que sea en los otros, no precisamente lo que sea con los otros. La unidad viviente del hombre es inexorablemente convivencial, y pocas cosas pueden resultar tan inhumanas como el narcisismo intelectual o vital. El espejo de las aguas en que Narciso se contempla le engulló, sin siquiera romper el río sus cristales o enturbiar la transparencia alucinante. *El hombre que no es lo que es en los otros, se precipita en la vanidad de su imagen. La historia le desconoce o le olvida. Quizá porque la historia reside en los otros, en los que han de venir, que son los que acreditan que fuimos y si merece la pena que tengamos presencia en su memoria.*

José Antonio, como brevemente vamos a tratar de ver, superó con mucho los anhelos mantenidos por otro excepcional maestro del pensamiento filosófico español —es obvio que nos estamos refiriendo a Ortega—: el escritor y político madrileño sostenía, en uno de sus más bellos ensayos (6), que, efectivamente, «la política es un orden instrumental, y un adjetivo de la vida, una de las muchas cosas que necesitamos atender y perfeccionar para que nuestra vida personal sufra menos fracasos y logre más fácil expansión. Podrá la política, en algún momento agudo, significar la brecha donde debemos movilizar nuestras mejores energías, a fin de conquistar o asegurar un vital aumento; pero nunca puede ser normal esa situación». José Antonio, como es bien sabido, quiso ir un poco más allá del límite fijado por su excepcional maestro. Consecuentemente, *la política es, en la concepción de José*

(6) JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *El Espectador*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1950, páginas 13 y sigs.

Antonio, una función religiosa y poética, reveladora del auténtico destino de un pueblo. Hoy, en opinión del inolvidable profesor Adolfo Muñoz Alonso (7), la cuestión se presenta con mayor gravedad, si cabe, porque la política tiene en sus manos el futuro, vivible o catastrófico, de la humanidad. La política, pues, no es —ni fue en José Antonio— una respuesta profesional que pueda ser silenciada por quien percibe la irresistibilidad de la pregunta, sino «una evidencia que no es dada originariamente, porque es en la naturaleza de las cosas donde el hombre obra políticamente.

En fin, nos gustaría muchísimo, antes de glosar levemente alguna de las ideas básicas del pensamiento joseantoniano —dado que en los estrechos límites que nos impone un comentario bibliográfico no tenemos opción más ambiciosa—, dejar perfectamente en claro que, justamente, la figura de José Antonio, por su nobleza, su espiritualidad y, sobre todo, por su reacción ante la existencia, cumple rigurosísimamente todas las condiciones que Ortega, con gesto profundamente severo, exigía a un ser humano para calificarlo, ni más ni menos, de «hombre ejemplar». Y, en efecto, hay una página en el libro más querido por el sutil pensador madrileño en el que, a los cuatro vientos, se lanzan, tratando de que fructifiquen, cada una de esas condiciones: «De todas las enseñanzas que la vida me ha proporcionado, la más acerba, más inquietante, más irritante para mí, ha sido convencerme de que la especie menos frecuente sobre la Tierra es la de los hombres veraces. Yo he buscado en torno, con mirada suplicante de náufrago, los hombres a quienes importase la verdad, la pura verdad, lo que las cosas son por sí mismas, y apenas he hallado alguno. Lo he buscado cerca y lejos, entre los artistas y entre los labradores, entre los ingenuos y los 'sabios'. Como Ibn-Batuta, he tomado el palo del peregrino y hecho vía por el mundo en busca, como él, de los santos de la tierra, de los hombres de alma especular y serena que reciben la pura reflexión del ser de las cosas. ¡Y he hallado tan pocos, tan pocos, que me ahogo...!

»Sí: congoja de ahogo siento, porque un alma necesita respirar almas afines, y quien ama sobre todo la verdad necesita respirar aire de almas veraces. No he hallado en derredor sino políticos, gentes a quienes no interesa ver el mundo como él es, dispuestos sólo a usar de las cosas como les conviene. Política se hace en las academias y en las escuelas, en el libro de versos y en el libro de historia, en el gesto rígido del hombre moral y en el gesto frívolo del libertino, en el salón de las damas y en la celda del monje...» (8).

(7) A. MUÑOZ ALONSO: *Un pensador para un pueblo*, pág. 23.

(8) J. ORTEGA Y GASSET, *op. cit.*, pág. 14.

Tal vez por eso mismo, entre otras muchas cosas, José Antonio quiso enseñarnos que *por atraer el vuelo al peso del vivir, o por levantar el peso al vuelo de la gracia, se entabla la lucha en el hombre*. Es el hombre —el obrar limpio del hombre— quien ha de enamorar a la voluntad, despertándola por momentos. Hasta tal punto el hombre es y vive en su presente, que en el «ahora de hoy» se escuda el pasado para atraer al porvenir o para malherirle. El mañana del hombre no es del todo libre; está misteriosa y sutilmente encadenado. Por eso, conviene repetirlo una vez más, «...nada auténtico se pierde. Cuando un 'egregio espíritu' se entrega por entero, hasta agotarse en frustración generosa, nunca se dilapida el sacrificio».

* * *

Creo que en alguna de las líneas que anteceden hemos hablado ya de la oportunidad con la que, una vez más, salen a la luz pública las *Obras completas* de José Antonio Primo de Rivera. Ocurre, y no es preciso dar mayor explicación, que en las épocas de crisis —así, por ejemplo, como la nuestra— se hace preciso volver los ojos hacia aquellos hombres que, ausentes definitivamente, sostuvieron con todo vigor la ilusión, la esperanza y los más acrisolados ideales. Hoy, *lamentablemente* —y anhelamos vivamente que se nos entienda nuestro subrayado dolor—, faltan hombres de la estirpe joseantoniana, es decir, hombres que nos desvelen el misterio de nuestro propio misterio de ser hombres. Decía un magnífico profesor universitario, recientemente desaparecido (9), tratando de clarificar el problema al que venimos haciendo referencia, que el hombre se sabe misterio a poco que sepa hablarse a sí mismo con la voz o con la mirada. Se rebaja a problema cuando flexiona la mirada a las exigencias pseudoespirituales de la comunidad. Pero la crisis del pensamiento actual no es sólo crisis del hombre sobre el hombre; es crisis de todas las cosas sobre todas las cosas. Y esto no porque el pensamiento del hombre no proyecte su luz clarividente sobre el campo de la cultura o sobre el artificio de la civilización, sino porque no logra el contento —o la inquietud— de un conocimiento vital de sí mismo. Cuando columbra su misteriosidad esencial y existencial no admite fiestas...

Por eso mismo, sobre el hombre —presunto ser misterioso—, caben afirmaciones verdaderas, acercamientos, referencias, enojos, gracia y maldición. Pero no la satisfacción absoluta de saber y saberse. Y, sí, por lo tanto, realizar una evolución homogénea de su propia obra o de su pensamiento racional humano. La sorpresa de un hallazgo feliz es rubor horas más tarde.

(9) A. MUÑOZ ALONSO: *Andamios para las ideas*, pág. 134.

Las fórmulas mágicas esclarecen, no solucionan, en esta cuestión. Por eso, nuestra intención y nuestro alcance son sencillos: *declarar que al hombre o se le acepta como un ser colgado de una esperanza toda voz, temblando de una promesa toda luz, o se le encenaga en una tierra toda lodo, en una temporalidad toda absurdo; sin que el lirismo cuente en ninguna de estas expresiones.*

Lo que a todo trance queremos evitar, a la altura de nuestra época, al comentar la aparición de esta extraordinaria versión de las *Obras completas* de José Antonio Primo de Rivera, es caer en el elogio desmedido, el descortés triunfalismo y, sobre todo, en la mitificación —ya lo hemos advertido en alguno de nuestros trabajos precedentes sobre el inolvidable líder político español (10)—. Mitificar la vida, la obra o el ejemplo de un hombre es, en cierto modo, proceder a su embalsamamiento histórico definitivo. Mitificar a un hombre, a cualquiera y sea cual fuere su actuación en vida, es condenarlo a ser la diana de una permanente polémica. Con no poca razón, en el inteligente análisis que el profesor Francisco Javier Conde nos dejó sobre la enigmática personalidad de Nicolás Maquiavelo (11) afirmaba, entre otras muchas cosas, lo siguiente: «El análisis sucinto de la fama de Maquiavelo nos revela la suerte que la historia depara al pensador político convertido en mito. Cada generación se siente obligada a encararse nuevamente con él. Detrás de cada interpretación se adivinan las fuerzas reales de la historia. El espectáculo que ofrece la fama de Maquiavelo al correr de los tiempos ilumina en su misma entraña la trayectoria del Estado moderno y la pugna de las fuerzas que alientan en su seno. La reforma, la contrarreforma, la ilustración, el siglo XIX, han definido su actitud positiva o negativa frente al mito.

Pero la polémica perdura todavía hoy. Las diferentes interpretaciones fundamentales que hemos visto surgir desde pocos años después de la muerte de Maquiavelo reaparecen en la discusión contemporánea infinitamente matizadas y enriquecidas. La problemática ha ganado en largura y profundidad, pero, allá en lo hondo, el historiador, el jurista y el político de nuestros días siguen enfrentándose con la obra y el nombre de Maquiavelo pertrechados de un haz de cuestiones similares a las de antaño.»

(10) JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA: «El concepto de política cultural en José Antonio», *Boletín de Política Cultural*, núm. 6, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, abril-junio 1974, pág. 127, y «El pensamiento de José Antonio a través de la concepción ideológica de Adolfo Muñoz Alonso», *Boletín de Política Cultural*, núm. 9, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, enero-junio 1975, pág. 25.

(11) FRANCISCO JAVIER CONDE: *El saber político en Maquiavelo*, Biblioteca de la Revista de Occidente, Madrid, 1976, pág. 25.

Algo de todo esto, justamente, acontece entre nosotros con las figuras de Unamuno, de Ortega, de Maeztu y de José Antonio —es harto notorio que los ejemplos se podrían multiplicar hasta el infinito y, sobre todo, si tenemos en cuenta que el español (el político español) siempre ha sido un ser profundamente conflictivo—. A los cuarenta años de la muerte de José Antonio, su pensamiento político, aunque a algún que otro espíritu poco generoso la cueste cierto trabajo el reconocerlo, sigue siendo útil: hay en el curso de estos dos amplios volúmenes —amorosamente preparados por Agustín del Río Cisneros (algún día se le ha de premiar su fiel constancia en mantener encendida y enhiesta la antorcha ideológica joseantoniana)—, y no son ganas de exagerar, deliciosas lecciones de cuanto el político o el vocado a la acción política —la más ingrata de las tareas si aceptamos la tesis que Ortega expone en su obra *Mirabeau o el Político* (12)— tiene que ir aprendiendo cada día. No deja de ser curioso en todo caso que la generalidad de los autores que se han ocupado de examinar el pensamiento de José Antonio hayan pasado excesivamente de prisa por entre las líneas de una de sus páginas más ejemplares. Aquella, precisamente, que José Antonio dio a la luz pública en las páginas de *La Nación* —día 24 de febrero de 1930— haciendo hincapié en el tema de la notoriedad del político. Para José Antonio, efectivamente, *hay quien sabe lanzar a tiempo la nota justa y llenar con su sonido centurias enteras. Y hay otros que, por mera contingencia, vienen a ser en un momento histórico como los portadores accidentales del interés externo. Los primeros gozan notoriedad de lámpara: centrífuga; los segundos, notoriedad centripeta de boliche* (13).

Profundizando en el pensamiento joseantoniano resulta perfectamente asequible el detectar, y he aquí otra de sus más sugestivas lecciones, el por qué tan dramáticamente odiado y el por qué, todavía —no pocos—, se acercan con indisimulado recelo a la lectura y meditación de sus páginas: José Antonio predicó una política sustancialmente moral y, consecuentemente —ya se sabe—, «la moral, psicológicamente —lo ha dicho alguien que está libre de cualquier sospecha partidista (14)—, representa una preocupación, puesto que implica la detención de nuestras impulsiones hasta determinar si son debidas o indebidas. En el hombre normal, el acto no se dispara tan rápidamente después de deseado, que no deje tiempo para hacerse cuestión moral de él, para preguntarse si es bueno o malo, para ver su cariz ético. Pero imagínese el funcionamiento de un alma impulsiva: su primer momento no es de ver ese cariz del acto, sino de comenzar desde luego su ejecución. Hay, pues, mu-

(12) JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *Triptico* (6.ª ed.), Colección Austral, S. A., Madrid, 1955, págs. 11 y sigs.

(13) J. A. PRIMO DE RIVERA: *Obras completas*, pág. 23.

(14) J. ORTEGA Y GASSET: *Triptico*, pág. 40.

cha injusticia en llamarle inmoral por haber querido aquel acto incorrecto. ¿Es que lo ha querido; es decir: que ha habido un instante en que lo ha visto, en que se ha colocado ante él *contemplativamente*? Eso es lo que hace el intelectual, el moral: contemplar sus propios actos. Por eso suele no ejecutarlos. Pero el impulsivo no se anda en contemplaciones. En él lo primario es ya el operar. Desde un punto de vista moral, lo único que cabe exigirle es que se arrepienta después de la acción consumada, ya que sólo entonces le es dado contemplarla.

»No acusemos, pues, de inmoralidad al gran político. En vez de ello, digamos que le falta escrupulosidad. Pero un hombre escrupuloso no puede ser un hombre de acción. La escrupulosidad es una cualidad matemática, intelectual: es la exactitud aplicada a la valoración ética de las acciones. Si se examina con cuidado la vida de Mirabeau, de César, de Napoleón, se ve que la presunta maldad no es sino la inevitable falta de escrupulosidad aneja a todo temperamento activista y, por tanto, impulsivo. *El mundo antiguo, que iba en todo hasta las últimas consecuencias, cuando decidió ser escrupuloso —en el estoicismo— tuvo que elegir como norma suprema la 'apojé', la inacción*».

Pero acaso, y asumimos plenamente la responsabilidad de esta afirmación, la suprema lección que nos ofrecen los escritos joseantonianos —lección válida en el lejano ayer y en el hoy inmediato— es la perfecta radiografía que nos ofrece en torno de la figura del «intelectual»: «He pensado a menudo —nos dice José Antonio— que los intelectuales, entre nosotros, acaso por la falta de vida universitaria, acaso por la falta de apacibles lugares de cultura, no se *forman* verdaderamente como intelectuales. Es decir, no tienen carácter impreso. Si lo tuvieran, adquirirían una cierta manera de vibrar no sólo ante los temas profesionales, sino ante cualquier estímulo exterior. Por ejemplo: un militar veterano no es sólo militar cuando manda tropas; lo es en todo: en sus actos conscientes y en sus actos automáticos, en el modo de sentarse y en el de llamar al sereno. A los magistrados suele pasarles igual. En cambio, a los intelectuales (descarto, no hay que decirlo, a los sobresalientes) no les acontece lo mismo; quedan en ellos como dos hombres: el intelectual, apto para un determinado grupo de ejercicios, y el hombre vulgar, completamente vulgar, ni impregnado ni teñido siquiera por la cultura; el hombre que se impacienta, se envanece y se pone de mal humor como el más adocenado concurrente a la tertulia de su café. ¿Quién no recuerda no ya el desencanto, sino la incredulidad que experimentó al encontrarse con que el fino escritor a quien admiraba sin conocerle era ese señor de gustos vulgares, falto de trato social, achaparrado en la conversación, que, sin pudor, se desató en plebeyo torrente de interjecciones porque el camarero tardaba en saciar su glotonería con unas raciones de percebes? Y ¿quién que tenga el espíritu un poco disci-

plinado no ha llegado a sentir asco y cólera al ver el deliberado desorden, la inelegante mala fe con que suele discutirse en las reuniones de muchos profesionales de la inteligencia...?» (15). No creemos que los «encantadores» que pululan por los caminos, aquellos que tergiversaban ante la pupila de Don Quijote la esencia de las cosas más elementales —luego de una detenida lectura de estas páginas—, se atrevan a negar *la capacidad de intuición, el lujo de sugerencias temáticas, la portentosa información, la delicadeza, la lucidez al juzgar de muchas cuestiones, la claridad, los innegables aciertos, las dotes de escritor de raza, el poder de seducción y la soberanía que José Antonio ejerce sobre sus lectores.*

La verdad sea dicha, es que José Antonio no adquirió ninguna de esas excelsas cualidades de forma gratuita. Recordemos que, efectivamente, el inolvidable político y pensador había hecho caso a su maestro —Ortega y Gasset— y, lógicamente, siempre tuvo muy presente, y trató de enseñarlo, que «la política es una actividad tan compleja, contiene dentro de sí tantas operaciones parciales, todas necesarias, que es muy difícil definir las sin dejarse fuera algún ingrediente importante. Verdad es que, por la misma razón, la política, en el sentido perfecto del vocablo, no existe casi nunca. Casi todos los hombres políticos lo son meramente en parte. En el mejor caso, poseen con plena conciencia una u otra dimensión del político, y se contentan con ella, ciegos para las restantes.

Se dirá que política es tacto y astucia para conseguir de otros hombres lo que deseamos, y no se puede negar que, en efecto, sin eso no hay política. Pero, evidentemente, hace falta más. Hay quien, hiperestésico para los defectos de la justicia social, llamará política a un credo de reforma pública que proporcione mayor equidad a la convivencia humana. Y no hay duda de que sin cierto sentido, y como afición nativa a la justicia, no puede nadie ser un gran político. Pero esto es más bien la porción de idealidad moral que el hombre político lleva a su actuación pública. Hacer consistir en ello la política es vaciarla de sí misma y llenarla de un pobre misticismo ético. Durante más de un siglo se ha cometido este error de perspectiva: se situaba en el centro del programa un cuerpo de doctrinas morales, y sólo en segundo término se atendía a lo propiamente político. Otros dirán que política no es nada de eso, sino un buen sentido administrativo que sepa regir, como una industria, los intereses materiales y morales de una nación, etc., etc.

Repito que todo eso, y muchas cosas más, tienen que reunirse en un hombre para hacer de él un gran político. Viene a ser éste como un alto edificio,

(15) J. A. PRIMO DE RIVERA: *Obras completas*, pág. 113.

en que cada piso sostiene al que le sigue en la vertical. *La política es la arquitectura completa, incluso los sótanos*» (16).

* * *

Resulta sumamente sencillo el deducir, y así podrá comprobarlo el lector *ex-novo* de sus *Obras completas*, que el pensamiento de José Antonio no está vertebrado en una sola obra. Esta se compone de artículos, discursos, intervenciones parlamentarias, entrevistas periodísticas y cartas.

Todos ellos muestran una preocupación fundamental: *el destino de España y el despertar de lo que considera un letargo agónico*. El sistema parlamentario, el liberalismo, el separatismo y el marxismo son los blancos de sus críticas más agudas y de sus más eficaces ironías.

Los elementos en los cuales está contenido su pensamiento lo muestran reiterado y obsesivo en estos temas.

La valentía y la lucidez son las características —ha dicho un autor (17)— de la palabra de José Antonio. En sus artículos se observa una sólida formación y una dialéctica dura e inflexible; en sus discursos, facilidad y emoción. Pero en sus debates parlamentarios es donde su ironía y rapidez —agilidad mental— adquieren la máxima altura.

Hay, pues, en el curso de la obra joseantoniana enseñanzas útiles para todos aquellos que muestran su interés por la cosa pública. Palpitan en sus páginas consejos eficacísimos, especialmente, para la clase gobernante. Con entrañable emoción José Antonio habla de lo que él considera el heroico silencio de quien, para su suerte o desgracia, es llamado a la más alta magistratura de la nación: «Para merecer el título de gobernante no basta con ofrecer a la Patria los mejores esfuerzos; no basta con agotar la salud y ofender la vida por el bien del pueblo que se gobierna; no basta con apartarse de cuantos cuidados exigen la familia y hacienda propias. Hay que llegar a más: el despégo de toda recompensa, incluso de aquella que consiste en el público aplauso.

»Dios quiso hacer del oficio de gobernante uno escogido entre los escogidos. Por eso, sin duda, *permitió que los más ilustres directores de pueblos recogieran amarga cosecha de ingratitudes*. Tal fue la misión de todo regalo humano; dejarla en su calidad escueta y gloriosa de 'deber'.

»La vocación de gobernante (la 'pura' vocación de gobernante, no sus falsificaciones) sólo llama a los mejores espíritus. A los que, por adelantado, cuentan con que la injusticia será su galardón y lo aceptan abnegadamente.

(16) J. ORTEGA Y GASSET: *Tríptico*, pág. 48.

(17) A. MUÑOZ ALONSO: *Un pensador para un pueblo*, pág. 50.

»Tendrá motivos para dudar de contarse entre los elegidos quien no se sintiera capaz de soportar en silencio, heroicamente, sobre todo durante la adversidad, el clamoreo de los mediocres, el veneno de los envidiosos, la ridícula ironía de los pedantes y el desparpajo insolvente de todos aquellos que nunca sabrán lo que es llevar con dignidad sobre los hombros el grave honor de las magistraturas.

»¡No importa! En ese silencio heroico el gobernante caído se depura el alma y adquieren los ojos claridad para mirar más alto. El temporal martirio viene a ser la investidura de la historia; nadie sin ella logrará que su nombre resuene ensalzado durante siglos. Es el purgatorio. Luego empieza la gloria para siempre» (18).

José Antonio conoció muy a fondo, mucho más profundamente de lo que algunos de sus detractores se imaginan, cuáles eran —en su época— los males de España. Uno de ellos, pienso —por lo tanto asumo la plena responsabilidad que me incumba—, sigue de actualidad: *el insalvable distanciamiento que siempre ha existido entre los intelectuales y el pueblo*: «Los intelectuales se sienten despegados del pueblo, que ni los entiende ni los quiere. Y piensan orgullosamente que su propio malestar, mezcla de soberbia y de fracaso, es el malestar de España. De ahí que imaginen siempre vivir instantes trágicos, y que los aprovechen para hablar, hablar con pertinacia desalentadora, enervante. Pero la tragedia no está más que en sus espíritus enfermizos. En vez de la revolución que ellos consideran indispensable, a España —la nación socialmente más sana del mundo— le basta con un poco más de trabajo, de buena administración, de cordialidad y un poco menos de pedantería» (19).

La rabiosa actualidad del pensamiento joseantoniano, pese a quien pese, queda registrada en muchísimas de sus reflexiones filosófico-políticas. He aquí, para comprobarlo de manera radical, un certero ejemplo, a saber: las felices reflexiones joseantonianas sobre *el concepto y el significado de la democracia*: «Al sentido etimológico de la palabra 'democracia' ha llegado a sobreponerse en el espíritu de nuestra época un sentido ético: el que nos representa un estilo de vida pacífico, armonioso y tolerante; un tono de educación —como lo ha dicho Pemán— 'que se impone por sí mismo en los días adultos y civilizados de los pueblos'. La aspiración a una vida así debió ser la primera que movió al pensamiento y a la actividad política de los hombres cuando aún padecían a los tiranos.

»Frente a esos tiranos se alza la primera, resueltamente, la teología medieval. De los conventos salen las primeras voces que preguntan a los que go-

(18) J. A. PRIMO DE RIVERA: *Obras completas*, pág. 18.

(19) *Ibid.*, pág. 46.

biernan cuál es el origen de su poder y con qué títulos pueden imponer su voluntad a los gobernados. Santo Tomás contesta a la pregunta con su admirable concepción del Estado, que se anticipa a muchas adquisiciones de la ciencia moderna, como ha reconocido el propio Ihering» (20).

José Antonio, en todo caso, responde con prontitud a una interrogante que más de un historiador patrio se ha formulado: ¿Por qué fracasó la sistemática democrática en el primer intento español de llevarla a cabo...? He aquí, sucintamente, la palabra clara, directa y firme de José Antonio: «...si la democracia como forma ha fracasado, es, más que nada, porque no nos ha sabido proporcionar una vida verdaderamente democrática en su contenido. No caigamos en las exageraciones extremas, que traducen su odio por la superstición sufragista en desprecio hacia todo lo democrático. La aspiración a una vida democrática, libre y apacible será siempre el punto de mira de la ciencia política, por encima de toda moda.

»No prevalecerán los intentos de negar derechos individuales, ganados con siglos de sacrificio. *Lo que ocurre es que la ciencia tendrá que buscar, mediante construcciones de 'contenido', el resultado democrático que una 'forma' no ha sabido depararle. Ya sabemos que no hay que ir por el camino equivocado; busquemos, pues, otro camino; pero no mediante improvisaciones, sino mediante el estudio perseverante, con diligencia y humildad, porque la verdad como el pan, hemos de ganarla con el sudor de nuestra frente*» (21).

No quiso jamás José Antonio ignorar ni despreciar los «peligros» que, como prueba el propio proceso histórico de no pocos pueblos, entraña el establecimiento o imperio de un régimen político sustancialmente democrático: «*La libertad no puede vivir sin el amparo de un principio fuerte, permanente. Cuando los principios cambian con los vaivenes de la opinión, sólo hay libertad para los acordes con la mayoría. Las minorías están llamadas a sufrir y callar. Todavía bajo los tiranos medievales quedaba a las víctimas el consuelo de saberse tiranizados. El tirano podía oprimir, pero los materialmente oprimidos no dejaban por eso de tener razón contra el tirano. Sobre las cabezas de tiranos y súbditos estaban escritas palabras eternas, que daban a cada cual su razón. Bajo el Estado democrático, no: la ley —no el Estado, sino la ley, voluntad presunta de los más— tiene siempre razón. Así, el oprimido, sobre serlo, puede ser tachado de díscolo peligroso si moteja de injusta a la ley. Ni esa libertad le queda*» (22).

En fin, y jamás nos cansaremos de insistir en este extremo lo suficiente,

(20) *Ibid.*, pág. 76.

(21) *Ibid.*, págs. 76 y sigs.

(22) *Ibid.*, pág. 89.

José Antonio supo en verdad cuál era el auténtico problema de la España de su tiempo. Problema que, como seguidamente vamos a subrayar, expuso con la nitidez en él acostumbrada. Por eso mismo, como en el más bello y profundo de todos los libros que se han consagrado a su figura se nos ha dicho (23), «la realidad española operó la transformación del gesto y del pensamiento de José Antonio, y ya no le fue posible, ni a él ni a España, desentenderse de su magisterio, de su voz de mando y de su estilo. José Antonio Primo de Rivera, ingenuo —en el más liberal sentido romano del término— en las tareas intelectuales y forenses, acepta cierta manumisión para la política. Este despiadado combate interior, que supo librar con señorío y elegancia, pudo idealizar el realismo que la política impone y debilitar el rigor que el oficio de la inteligencia requiere. La desconsoladora previsión no se cumplió; y ésta es la hora —los cuarenta años de su muerte— en que, con amor y rigor, sin apasionamiento ni debilidades, no necesitamos autorización partidista alguna para, no sin intención, presentar a José Antonio Primo de Rivera con doble título: *El pensador y el político*. No un pensador político, entiéndase bien, sino pensador y político en ambivalencia sin ambigüedad».

Por eso mismo —deuda que permanece sin cubrir—, al asumir José Antonio el nuevo destino y la renuncia a su vocación intelectual y forense, España contraía con él una deuda que, ateniéndonos a la historia inmediata, no ha sido ni comprendida ni saldada con generosidad de comprensión por los beneficiarios de su gesto, de su ideario, de su ilusión y de su sangre. *La esperanza política permanece, porque es cierto que «nada auténtico se pierde», por mucha que sea la carne de perdición con que comercien los intermediarios.*

En conclusión, volvemos nuevamente al análisis del tema anteriormente indicado, para José Antonio el problema de España no era un problema de mera raíz sentimental. Por tanto, de conformidad con la concepción joseantoniana, adoptando posturas románticas España difícilmente podría alcanzar la solución de sus problemas políticos, sociales y económicos: «Nada irrita más a los hombres y a los pueblos que el ver estorbos en el camino de sus movimientos elementales: el hambre y el celo —apetitos de análoga jerarquía a la llamada oscura de la tierra— son capaces, contrariados, de desencadenar las tragedias más graves. Por eso es torpe sobremanera oponer a los nacionalismos románticos actitudes románticas, suscitar sentimientos contra sentimientos. En el terreno afectivo, nada es tan fuerte como el nacionalismo local, precisamente por ser el más primario y asequible a todas las sensibilidades. Y, en cambio, cualquier tendencia a combatirlo por el camino del sen-

(23) A. MUÑOZ ALONSO: *Un pensador para un pueblo*, pág. 24.

timiento envuelve el peligro de herir las fibras más profundas —por más elementales— del espíritu popular, y encrespar reacciones violentas contra aquello mismo que pretendió hacerse querer.

De esto tenemos ejemplo en España. Los nacionalismos locales, hábilmente, han puesto en juego resortes primarios de los pueblos donde se han producido: la tierra, la música, la lengua, los viejos usos campesinos, el recuerdo familiar de los mayores... Una actitud perfectamente inhábil ha querido cortar el exclusivismo nacionalista, hiriendo esos mismos resortes; algunos han acudido, por ejemplo, a la burla contra aquellas manifestaciones elementales; así los que han ridiculizado por brusca la lengua catalana.

No es posible imaginar política más tosca: cuando se ofende uno de esos sentimientos primarios instalados en lo profundo de la espontaneidad de un pueblo, la reacción elemental en contra es inevitable, aun por parte de los menos ganados por el espíritu nacionalista. Casi se trata de un fenómeno biológico.

Pero no es mucho más aguda la actitud de los que se han esforzado en despertar directamente, frente al sentimiento patriótico localista, el mero sentimiento patriótico unitario. Sentimiento por sentimiento, el más simple puede en todo caso más. *Descender con el patriotismo unitario al terreno de lo efectivo es prestarse a llevar las de perder, porque el tirón de la tierra, perceptible por una sensibilidad casi vegetal, es más intenso cuanto más próximo» (24).*

Es obvio, y antes de llegar a cualesquiera otras conclusiones es menester ponerlo de manifiesto, que la frase «el destino universal» no es, ni mucho menos, un tópico joseantoniano, sino, por el contrario, la clave fundamental de toda una sugestiva doctrina política: *«Un pueblo no es nación por ninguna suerte de justificaciones físicas, colores o sabores locales, sino por ser otro en lo universal; es decir: por tener un destino que no es el de las otras naciones. Así, no todo pueblo ni todo agregado de pueblo es una nación, sino sólo aquellos que cumplen un destino histórico diferenciado en lo universal» (25).*

* * *

No quedaría completa esta reflexión filosófico-política sobre el pensamiento joseantoniano sin destacar, aquí y ahora, lo que a nuestro parecer consideramos sus tres advertencias dialécticas que, independientemente de formar ya parte incommovible de la Historia, pueden perfectamente aplicarse a la realidad de la hora presente, a saber:

(24) J. A. PRIMO DE RIVERA: *Obras completas*, pág. 350.

(25) *Ibid.*, pág. 351.

a) *España es la portadora de la unidad de destino, y no ninguno de los pueblos que la integran. España es, pues, la nación, y no ninguno de los pueblos que la integran.* Cuando esos pueblos se reunieron, hallaron en lo universal la justificación histórica de su propia existencia. Por eso España, el conjunto, fue la nación.

b) *España es irrevocable.* Los españoles podrán decidir acerca de cosas secundarias; pero acerca de la esencia misma de España no tienen nada que decidir. España no es *nuestra*, como objeto patrimonial; nuestra generación no es dueña absoluta de España; la ha recibido del esfuerzo de generaciones y generaciones anteriores, y ha de entregarla, como depósito sagrado, a las que la sucedan. Si aprovechara este momento de su paso por la continuidad de los siglos para dividir a España en pedazos, nuestra generación cometería para con las siguientes el más abusivo fraude, la más alevosa traición que es posible imaginar.

c) Algunos han formulado la siguiente doctrina respecto de *los Estatutos regionales*: no se puede dar un Estatuto a una región mientras no es *mayor de edad*. El ser *mayor de edad* se le nota en los indicios de haber adquirido una convicción suficientemente fuerte de su *personalidad propia*.

He aquí otra monstruosidad ideológica: se debe, con arreglo a esa teoría, conceder su Estatuto a una región —es decir, aflojar los resortes de la vigilancia unitaria— cuando esa región ha adquirido suficiente conciencia de sí misma; es decir, cuando se siente suficientemente desligada de la personalidad del conjunto. No es fácil, tampoco ahora, concebir más grave aberración. También corre prisa perfilar una tesis acerca de *qué es la mayoría de edad regional: acerca de cuándo deja de ser lícito conceder a una región su Estatuto.*

Y esa mayoría de edad se nota, cabalmente —puntualiza el propio José Antonio (26)—, en lo contrario de la afirmación de la personalidad propia. Una región es mayor de edad cuando ha adquirido tan fuertemente la conciencia de su unidad de destino en la patria común, que esa unidad ya no corre ningún riesgo por el hecho de que se aflojen las ligaduras administrativas.

Cuando la conciencia de la voluntad de destino ha penetrado hasta el fondo del alma de una región, ya no hay peligro en darle Estatuto de autonomía. La región andaluza, la región leonesa —por ejemplo—, pueden gozar de regímenes autónomos, en la seguridad de que ninguna solapada intención se propone aprovechar las ventajas del Estatuto para maquinarse contra la integridad de España. Pero entregar Estatutos a regiones minadas de separatismo;

(26) *Ibid.*, pág. 414.

multiplicar con los instrumentos del Estatuto las fuerzas operantes contra la unidad de España; dimitir la función estatal de vigilar sin descanso el desarrollo de toda tendencia a la secesión es, ni más ni menos, un crimen...

Quisiéramos, ya en las líneas finales de nuestra reflexión, puntualizar que la doctrina joseantoniana, como perfectamente se puede comprobar tras la detenida lectura de sus *Obras completas*, entraña una base sustancialmente intelectual. Alguien tan poco sospechoso de partidismo como el doctor Salvador de Brocà (27) ha escrito al respecto, entre otras muchas cosas, lo que sigue: «El movimiento falangista fue primordialmente concebido, en cuanto tal, como revolución. A diferencia de los grupos políticos al uso, con un programa de soluciones concretas, la Falange se afirma como un movimiento poético de un voluntarismo ascético —la manera de ser radicada en el espíritu de servicio y de sacrificio— e incrédulo, respecto al Estado vigente.» Sin embargo, y pese a las notas anunciadas, difícilmente podría hablarse de irracionalismo en un movimiento cuyo jefe descalificaba al romanticismo en los siguientes términos:

«El romanticismo es una actitud endeble que precisamente viene a colocar todos los pilares fundamentales en terreno pantanoso; el romanticismo es una escuela sin líneas constantes, que encomienda a cada minuto, en cada trance, a la sensibilidad, la resolución de aquellos problemas que no pueden encomendarse sino a la razón.»

Lo cual evidencia, subraya el autor que acabamos de citar, una preocupación, cada vez más aguda, en el fundador de la Falange: la preocupación de dotar a su movimiento de lo que él mismo llamó rigor intelectual y estilo. Tenía muy presente que entre otras carencias de la dictadura de su padre, el general Primo de Rivera, había destacado la carencia de un mínimo entendimiento con la intelectualidad. «A la dictadura le faltó —reconoció José Antonio— elegancia dialéctica.» No supo dar con la fórmula justa de la expresión conceptual y vio esfumarse la posibilidad de un acuerdo con la juventud y con los cuadros intelectuales que, en su práctica totalidad, le hostilizaron hasta el final. El recuerdo de este fracaso permaneció vivo en la mente del hijo del dictador, que aprendió la lección no asimilada por su padre e intentó clavar los puntales de su patriotismo «no en lo afectivo», sino en lo intelectual.

Por eso mismo, cosa muy fácil de comprobar igualmente, dos motivaciones acompañan el crecimiento del fervor intelectual humano de José Antonio

(27) SALVADOR DE BROCÀ: *Falange y filosofía*, Ed. Universitaria Europea, Salou (Tarragona), 1976, pág. 85.

—tal y como ha dejado dicho el profesor Adolfo Muñoz Alonso (28)— por don José Ortega y Gasset. La primera le resultaba entrañable. Porque José Antonio, que quiso para España una política de intelectuales con estímulos de amor, de entusiasmo y de sugestión para el pueblo, se encontró con páginas de Ortega en las que el general Primo de Rivera aparecía como mínimo responsable en el divorcio de la dictadura con las personas de oficio intelectual. No le preocupa demasiado a José Antonio el anecdótico antidictatorial de Ortega. Añádase la emoción de José Antonio al recordar las frases en que Ortega reconoce el alma cálida, el espíritu templado, la cabeza clarísima del general Primo de Rivera y su extraordinaria facultad de intuición, de adivinación y de comprensión. Si se salvan los lazos filiales, hay que reconocer que José Antonio no estuvo nunca de acuerdo con la dictadura como sistema, y sí en desacuerdo con actitudes políticas que se vio obligado a practicar el general. En las frases de Ortega, que José Antonio transcribe a la letra, encuentra un veredicto del pensador sobre los motivos del divorcio. Lo que en definitiva defiende Ortega es que dentro de cada clase social hay masa y minoría auténtica, para proseguir que lo característico de su tiempo es el predominio de la masa y el vulgo en los grupos intelectuales cuya tradición era selectiva.

La segunda motivación de su reconocimiento intelectual y cultural por Ortega la encontramos en la evidente carga de sugerimientos que José Antonio lee en Ortega, en el timbre de su voz profética y de mando, y en la cosmovisión social y cultural de España y del mundo. Si se me entiende a derechas —advierde el profesor Adolfo Muñoz Alonso— me atrevería a escribir que *José Antonio pretende realizar en la política la encarnación de las ideas de Ortega*, suavizando el aristocratismo del maestro y fundiendo las ideas en el crisol de una conciencia popular española de raigambre cristiana. Ortega —escribe José Antonio— dejó a la intemperie a una generación que lo necesitaba y no tuvo el valor cívico de aceptar el regalo del vaticinio, que le ofrecía José Antonio, para consumir la vertebración de España, capitaneando a la generación a la que había despertado a la inquietud, alentando vocaciones para un destino amargo y difícil, pero insoslayable. *José Antonio asumió una tarea a la que Ortega estaba llamado*. El desacuerdo entre José Antonio y Ortega no estriba en lo que pudiéramos llamar repertorio fundamental de un ideario, sino en la responsabilidad personal, social y política que Ortega declinó, dándose por vencido. Ortega retrocede a los cuarteles de la inteligencia meditativa desoyendo, eso sí, el servicio de masones que, con verso, esta vez desafortunado, le brindó Antonio Machado, cohonestando su actitud con el hecho, desconsolador y trágico para un intelectual comprometido y arrebatado.

(28) A. MUÑOZ ALONSO: *Un pensador para un pueblo*, págs. 35 y sigs.

dor, de que «aquello», lo que era, no era «aquello» que él quiso que fuese...

Nosotros sostenemos la creencia —mejor sería decir la sólida esperanza— de que, gracias al lanzamiento editorial de estos dos gruesos y bellísimos volúmenes de las *Obras completas* del fundador de la Falange, no pocos van a conocer la firme personalidad de José Antonio y otros muchos, para siempre, le arrancarán la etiqueta de «fascista» que sus más crueles detractores le han colocado. En efecto, con harto dolor lo subrayaba el inolvidable maestro Adolfo Muñoz Alonso (29), a *José Antonio le han amarrado a la galera naufragada del fascismo*. Los adversarios, los enemigos y algunos entusiastas le han clavado el epíteto de fascista en el tajamar de su pensamiento político como un mascarón de proa. Por su presunto fascismo la doctrina, la actitud y la figura de José Antonio Primo de Rivera ha sido agredida, sumergida y enlutada.

En el nombre proscrito del fascismo, José Antonio y su doctrina son hoy para muchos sangre quemada, cenizas aventadas por el soplo retórico de la democracia, blando y próspero para el imperialismo soviético. Todos los esfuerzos de tierra a tierra, de pueblo a pueblo, de ciudad a ciudad, de hombre a hombre, que José Antonio realizó de palabra y de obra para mostrar y demostrar la originalidad española del nacionalsindicalismo y para desconectar su pensamiento político del totalitarismo absorbente, resbalan ante la contumacia de los rencorosos del epíteto, y han sido inexplicablemente olvidados en el sarcófago del miedo o de la timidez por los que tenían el deber sagrado de reanimarlos con previsión de futuro.

Hoy, afortunada o lamentablemente, tenemos a nuestro favor la perspectiva, es decir, el tiempo ha pasado y, efectivamente, nos autoriza plenamente a considerar, sin temor alguno al error —lo ha señalado felizmente el doctor Salvador de Brocà (30)—, que la Falange —y sobre todo su fundador— hace suyos el desencanto y la crítica de los que se le adelantaron a ella. La generación del 98 puso en marcha la conciencia desgraciada de una España en trance de descomposición tras la derrota. Esta conciencia era la voz que hablaba de un alma metafísica de España, sepultada bajo los escombros de la España estancada, melancólica y entristecida, la España que Antonio Machado ve «pobre y escuálida y beoda» y que José Antonio Primo de Rivera ama porque no le gusta. Porque la amaba con voluntad de perfección. Análogo enfoque habían dado los redactores del manifiesto político *La conquista del Estado* al reconocer que «la primera gran angustia que se apodera de todo español que adviene a la responsabilidad pública es la de advertir cómo Es-

(29) *Ibid.*, pág. 93.

(30) S. DE BROCÀ, *op. cit.*, pág. 116.

paña —el Estado y el pueblo españoles— vive desde hace tres siglos en perpetua fuga de sí misma, desleal para con los peculiarísimos valores a ella adscritos, infiel a la realización de ellos y, por tanto, en una autonegación suicida, de tal gravedad, que la sitúa en las lindes mismas de la descomposición histórica».

La Falange se obstinó —en las páginas de José Antonio subyace el más preclaro testimonio— en superar la realidad de una España históricamente venida a menos, a partir de un apriorismo esencialista que entendía a la Patria como una entidad sustantiva, configuradora de un destino o empresa colectiva entre los demás pueblos del mundo. Semejante entidad creadora había llegado a ser grande cuando, conquistada su unidad, se proyectó a sí misma hacia los cinco continentes. La tarea colonizadora y la expansión de su poderío habían sido posibles, en la interpretación falangista, por una fe en la idea permanente de España: «la eterna e incommovible metafísica de España».

José Antonio, en definitiva, enseñó, cual Iñigo de Loyola, que «la vida es milicia y ha de vivirse con espíritu acendrado de servicio y sacrificio». De todas formas, como ya hemos indicado en otro lugar, «José Antonio ha sido una de las más bellas posibilidades políticas que España perdió entre las brumas de la Historia» (31). Que estas páginas, especialmente consagradas a las nuevas generaciones, ayuden a comprender su espíritu, su fe y sus esperanzas puesto que, en definitiva, *la personalidad de un pensador auténtico no sólo se agota en su expresión verbal, sino que, por tremenda paradoja, suele quedar tácita en su discurso público. El lenguaje es, en verdad, el más peligroso de los bienes —el más peligroso y el más inocente—, la grandeza y la servidumbre del hombre.* El lector que agote la lectura de estos dos volúmenes estará en óptimas condiciones para juzgar sobre la infabilidad o falsedad del aserto que antecede.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

(31) J. M.^a NIN DE CARDONA: *José Antonio: La posibilidad política truncada*, Organización Sala Editorial, S. A., Madrid, 1973, 251 págs.